

Tu ser es de junción y encrucijada.
 En ti estan
 las manos del adiós, los gritos de la albricia,
 el adelante y el atrás,
 el ensueño y el sueño y el olvido
 y el despertar.
 Consigues escapar de la emboscada
 de la tempestad
 (!estruendo que no calza en mis oidos!)
 y ya estás
 con tu alborozo incorregible
 una vez más.
 Alisando el plumaje de olas y gaviotas,
 te allegas con el iris de la serenidad,
 ingenuo como un paraíso
 a tu aroma esencial,
 trayendo para el hombre
 desde el olvido o aun de más allá,
 un vaiven de cuna, una canción de cuna
 tan dulce que se oye y no se oye ya...
 Así borrando todos tus senderos
 llegas a la unidad
 y emerges de ti mismo tan desnudo y tan puro
 que eres cielo, no más.

En la más simple eucaristía
 tu yodo es nuestro vino, tu sal es nuestro pan.

Ya una danza innumerable
 te pones a danzar
 buscando el palmoteo de tus olas
 al final,
 o desatándoles sus cingulos
 de castidad,
 eres la desnudez de sus espasmos
 con sabanas de espuma virginal.
 O compartes los juegos de los niños,
 lleno de inocencia ancestral,
 derruyendo de pronto sus castillos de arena,
 o ya
 cosquilleando sus ágiles talones
 con un alga, de atrás,
 mientras las conchillas se devela y esplende
 en
 tu misterioso sonreir sin par.

M A R (11)

A María Baeza
y Manuel Rojas

Mar de agresión como una carne,
y a la vez evasivo como un alma, en verdad,
tú, que sabes purgarte
de la pringosa vecindad
de la tierra y el hombre y aún de ti mismo
justamente en tu propia amargura inmortal:
bien sé yo que no diste audiencia a nadie
jamás,
y sin embargo doy la espalda al mundo
para llegar a ti, filial,
padre nuestro de fuerza y de pureza,
mar.

Ah, qué esparcida lividez
hay ahora en tu faz,
tú que muestras todas las faces;
te oigo que vienes y que vas
arrastrando y pisando tus cadenas,
pero resuelto ya,
lo mismo que un forzado detrás de sus barrotes,
al esfuerzo final...
Me equivoco, es la tierra la que sufre tu asedio
de siglos y que al fin se entregará:
una vez más te veo acometer sus muros;
una vez más,
bien tirantes los arcos de tus ondas,
le echas tus tribus de aguas desmelenadas, mar.

Patrón de hecicerías y te fraudes te sé,
y cómo alzas de golpe de tu profundidad,
brazos de pulpos, brazos
de hipnosis y de azar,
para llevar al extraviado
allende tu postrer umbral,
(cuando devuelves algo
es siempre demasiado tarde, ay!),
y cómo en lo hondo el eco de todos los naufragios
pone sordina a tu cantar,
y el de las almas en pena de los ahogados
repetiendo su hipo inmemorial...
!mas como hablarte de odio,
si más allá de la ira y la piedad,
la muerte es para ti sólo un juego de manos
y no más!

Ahora con los labios de esfinge de tus olas,
 qué pregunta alzas, mar?
 o murruras alguna insondable respuesta?
 Afirma o niega tu ademán.

Tu presencia acoquina los pensamientos muelles
 y vuelve más veleros los pensamientos de verdad.
 (Pero tú yaces ahí, echado,
 yo con mi voluntad vertical;
 mi mano persuasora sobre tu crin bravía,
 dejas errar, oh, mar.)

Ah, busquemos sin tregua y sin poder hallarla,
 una llave perdida para siempre, quizás;
 tu elemento y mi carne sacudimos
 la busca de nuestra única verdad;
 sólo explayar queremos nuestra hondura,
 pero a ese afán
 cómo resulta angosto el mundo:
 rebasar
 quiero yo el vaso humano,
 y tú el tuyo, mar.
 (Vamos con nuestro corazón de proa
 dispuestos a agredir un cualquier más allá.
 Los astros son la costa más cercana en tu noche....
 ¿En pasarela de olas descenderemos ya?

Gloria y azote ^{nuestro} de ermitaños,
 la soledad;
 tu vencedora inspiración de a ratos
 suele romper mi pecho igual;
 mis cerrados jardines de mollicie y milagros
 también en ti se dan,
 y en mí la sed que agita las lenguas de tus ondas
 con ardencia de arenal.

Los dos buscamos
 la amistad
 de las más vírgenes distancias
 con olas de mensajes y canciones que van
 del invierno al verano,
 del cero al infinito, sin parar.
 En buceamiento de ti mismo
 bajas a tu mayor profundidad
 a visitar avaro tus tesoros de gnomo,
 y como yo te vas

siguiendo sin querer otro ritmo más íntimo
 que en el de tu ritmo está:
 palidez de raíces y de larvas
 moviéndose en la sombra y en el fango inicial,
 maravillas y horrores
 sin nombre y sin edad,
 y una santa ceguera cual la mía,
 mar,

también lleno de lívidos secretos
 que acaso han de decirlos idiomas que vendrán.
 (En ese aquí abajo
 de verdad,

donde se estrechan las tinieblas madres
 y la única luz en los monstruos está,
 los barcos que al fin llegan son tripulados para siempre
 por las muelles criaturas del horror cimental.
 Pues otras playas bien distintas,
 como yo guardas, mar,

oh, singladuras de horizontes en descenso!
 Puertos de arribada total!)

Por caminos que van de la angustia al olvido
 a veces en oscura y sagrada ebriedad
 venimos

desde qué tiempo ya!
 lo no sé qué antiquísimo en mí de ti se acuerda,
 y no sé qué unidad
 explica aún en mi sangre, mi sudor y mis lágrimas
 el gusto de tu sal.

Somos la amarga levadura
 con que algo mayor se amasará, quizá;
 un estremecimiento somos,
 nada más,
 tú, las, tú, mi corazón, sus pulsos,
 enviando hacia lo inmenso, oh mar.

Ahora te recoges de rodillas,
 ahí, en la oscuridad,
 los cabellos volcados en la arena y la noche,
 y te sienta rezar.

Luis Franco.